

# OLIVERIO GIRONDO

Por GALVARINO PLAZA

¿EN qué sitio de la literatura, y más exactamente de la poesía, podríamos inscribir la obra de Oliverio Girondo? Su incansable búsqueda por una autonomía de la imagen poética sí puede emparentarle a otros escritores argentinos y sudamericanos que fueron sus contemporáneos: Jorge Luis Borges, González Lanuza, Marechal y Norah Lange, surgidos y unidos por el rechazo común al modernismo: los vanguardistas de los años veinte. Pero, ¿dónde y cómo encuadrar su actitud poética, la del perfecto suicida? Esa parece haber sido la actitud asumida por Oliverio Girondo, desde un principio, desde que comenzó a frecuentar tertulias y relaciones poéticas. Lo que sus compañeros de generación consideraban parte del «juego» dadaísta, no era en Girondo otro hecho que la búsqueda de la destrucción de su vida y su obra. Una lúcida destrucción de la cual tal vez esperaba ver surgir una expresión poética verdaderamente nueva, sin el más mínimo recuerdo de la que él consideraba totalmente superada.

Siuviésemos que encontrarle a Girondo otro poeta que con él mostrase alguna semejanza, este otro podría ser Huidobro, chileno fundador del Creacionismo, más que con cualesquiera de sus compatriotas. Pero Girondo experimenta una diferencia esencial con Vicente Huidobro, aunque se hallen unidos por logros que les son comunes.

Cuando hablamos de esa diferencia entre Huidobro y Oliverio Girondo no estamos refiriéndonos a un sistema de valores poéticos sino a las formas de encarar la poesía como acto creador y con ella la vida. Esa diferencia entre los dos más auténticos buscadores de la imagen capaz de ser definida como una recreación del universo expresivo, radica en que Huidobro es el creyente con plena conciencia de su herejía; su cuestionar la fe en unos valores en los que ya no cree. Para su nueva fe Huidobro busca la audiencia, reclama un proselitismo por parte de la juventud y de sus contemporáneos. Prueba de ello son los manifiestos que se preocupa por difundir. En Girondo, por el

contrario, la fe parece experimentar en él una ruptura, una ruptura que se va haciendo cada vez más una espiral hacia su conciencia interior. Girondo es el símbolo más diáfano del poeta que es absolutamente consciente de que la poesía es una forma de revelación que se consume y consuma como una experiencia individual



y cuya repercusión hacia el exterior es un hecho secundario, en el cual el azar juega sus cartas, cartas de una baraja manejada en la mayoría de las ocasiones por intereses extrapoéticos; es decir, que muchas veces las cartas suelen estar marcadas.

Las influencias que emanan de la obra y la actitud de Girondo es un hecho que se produce en sordina; a pesar de él mismo y de haberse percatado de ello habría sido el primero en sorprenderse. Se ha dicho que la aparición de Julio Cortázar habría sido poco menos que imposible sin la existencia de Oliverio Girondo. Y esto viene a ser aún más esclarecedor con respecto a su actitud y la de sus contemporáneos: ha sido necesario que pasara el tiempo y que entraran otros jugadores con una nueva baraja. En su tiempo Girondo fue —y en una gran medida lo continúa siendo— un creador escamoteado a la realidad literaria de los movimientos poéticos que en la Argentina han sido. Girondo no encaja en la literatura argentina sino como lo que es y fue; un islote hinchado de arborescencia y flora en la que vivía una fauna de hermosos pero extraños animales, un islote aún

sin descubrir. Durante su vida, que no es corta —nació y murió en Buenos Aires: 1891-1967)— no experimentó un verdadero reconocimiento, en torno a su figura, no se agruparon jóvenes poetas en la Argentina, como se produjeron en torno a Huidobro en Chile con el grupo «Mandrágora». Tampoco se le puede vincular de una manera precisa a los movimientos europeos; sí se podría decir que entre estos movimientos y Girondo hubo una serie de coherencias, más o menos semejantes, debidas más que a una profesión de fe a un acontecer histórico. De lo que no cabe duda es que debió conocer perfectamente los corrillos europeos, y de hecho los frecuentó: «su condición de hijo de familia patricia explica sus estudios en Inglaterra y Francia y su título de abogado por la Universidad de Buenos Aires que no ejerció nunca, ocupado siempre en viajar» (1).

La obra de Oliverio Girondo está dominada por un filo cortante, por la fuerza de un nihilismo que le hace ser el autor de una poesía en que el humor es mordaz y corrosivo, implacable. Su poesía se anticipa muchos años en forma y fondo a lo que se ha venido últimamente a llamar «Antipoesía». Sólo el desconocimiento de la obra de Oliverio Girondo, por no decir que la ignorancia, ha permitido que existan poetas que hoy se signifiquen como creadores de una antipoesía. O tal vez tengan razón: Girondo supo construir una poesía dentro de la misma poesía.

Hablando ahora de Girondo no puedo menos que pensar en lo insuficientemente valorada que ha sido su obra y su actitud de poeta, asumida hasta sus últimas consecuencias. Es más, pienso cómo sus propios contemporáneos, los que aún viven, con tal de mantener el olvido en torno a Oliverio Girondo, prefieren buscar sus relaciones literarias y sus preferencias en los sitios más alejados, en las literaturas más desconocidas, más desconocidas aún que la poesía de Girondo. —■

(1) JOSE ALBERTO SANTIAGO, *Antología de la Poesía Argentina*, Editora Nacional, Madrid, 1973.